

LAS DOS MULETAS TURNANTES
("El Mercantil Valenciano". Valencia, 17 junio 1917)

LAS DOS MULETAS TURNANTES



La realeza constitucional española, hace tiempo, y a pesar de las apariencias todas, paralítica, apóyase en dos muletas, que son los dos partidos turnantes. Muletas carcomidas, llenas de composturas y pegadizos. Cien veces se han roto, y otras tantas las han arreglado como peor se ha podido. Entran en ellas ya toda clase de maderas. Cada una de ellas se compone de trozos de roble y de chopo y de corcho — de corcho y a la vez también de alcornoque — y hasta de saúco. Y así por un lado se alabean, por otro se astillan, y por todos lados las come la polilla. Y están ambas muletas llenas de lañas y de clavijas y de remiendos. No hay modo de tenerse mucho tiempo en pie apoyado en ellas.

Como es menester, además, que ambas muletas sean proporcionadas entre sí y con el cuerpo del paralítico a que sostienen, en cuanto una de ellas se gasta o pierde algo de su palo, hay que reponerla. Y en tanto el paralítico se sostiene sobre la otra muleta.

Si las dos muletas se gastan mucho, el cuerpo del paralítico, apoyado en cortos báculos, cae hacia tierra, se derriega, y si, lo que no es creíble, las dos muletas creciesen, el paralítico, teniendo que colgarse de ellas, no podría mantener el equilibrio y se vendría también al suelo. No pueden, pues, ser las muletas ni demasiado cortas ni demasiado largas. Y todo se va en componer y recomponer las muletas.

El paralítico no puede tampoco apoyarse a la vez, por igual a la vez, en ambas muletas, porque entonces no habría tiempo para las debidas chapuzas reparatorias en la que no esté de turno, y así el paralítico tiene que cargar una vez su peso a la izquierda y otra a la derecha. Sin que esto de izquierda y de derecha signifique en este caso nada de doctrinal. Lo mismo se puede poner a



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA



la izquierda o a la derecha una que otra muleta. No hay entre ellas otra diferencia que la del turno, sea par, sea impar.

Hace unos dos años el enfermo tuvo que desprenderse de una de las muletas, llamémosle para entendernos, y no por otra razón, la de la derecha. Ahora acaban de darle al enfermo tal empellón, que ha tenido que soltar la muleta en que se apoyaba, y que se le había roto por la mitad, sosteniéndose en ella por un prodigio de equilibrio, y he aquí que tiene que echar mano de la otra muleta, de la que soltó hace dos años, y la tiene que coger como la dejó.

Dato, principal tarugo de la muleta de marquetaría ahora en turno, la trae tal cual quedó al tenerle el enfermo que soltarla. Los mismos tarugos de entonces, algunos de corcho y hasta de médula de saico; la misma madera, sólo que más podrida. Tarugo hay que no pasa de ser de yesca. Y en esta muleta quiere ahora apoyarse el enfermo.

«¿Y qué va a hacer? — se nos preguntará. — ¿Va a buscar nuevas muletas, muletas recién hechas, muletas de madera nueva y no usada para esos menesteres? ¿Va a ir al bosque a buscar árboles sanos y hacer de ellos nuevos báculos, báculos a que no haya aún tocado la carcoma? La carcoma que ataca también a los árboles de que no se ha hecho todavía leña, de que no se ha sacado todavía vigas. ¿Va a buscar nuevos apoyos de madera virgen el paralítico?»

No; no es eso. Al paralítico no le queda sino renunciar a las muletas, echar de sí las muletas. Y ello, o para intentar andar solo, sin muletas, aunque sea tambaleándose, aunque sea a galas, aunque sea de rodillas o arrastrándose, o sentarse, y una vez sentado, esperar.

Puede renunciar a andar con las muletas, a sostenerse en ellas, e intentar avanzar como pueda con sus propios pies, sirviéndose de aquéllas como de armas, como palos de ciego, para defenderse y atacar. Porque el ciego también usa bastón o cayada; pero no para apoyarse, sino para explorar el terreno y para defenderse con él, esgrimiéndolo en molinete. Y más de una vez han servido a nuestro paralítico, sus muletas,





más que de apoyos, de palos de ciego dirigidos por los avisos del lazarillo. El lazarillo es lo que se llama la camarilla. Y la camarilla es a lo peor una camarera.

El enfermo puede intentar sostenerse por sus propios pies; puede intentar sacudirse la parálisis. Pero la parálisis es constitucional. La parálisis de la realeza no es algo patológico y pasajero, es algo fisiológico, es algo evolutivo. Es que la realeza no puede ya marchar sola, es que no debe marchar sola. Está en su constitución misma el necesitar de apoyo, el que la tengan que llevar.

Y le queda otro recurso al paralítico, y es sentarse y dejar que le lleven. Le queda sentarse en el carro y ni pretender dirigirlo. Porque el carro no es ya tirado por caballos, por tantos animales; el carro es un automóvil, pero un automóvil verdadero, que se lleva a sí mismo.

Si el parantico se sienta en el carro y renuncia a las muletas, le quedarán las manos libres; libres para empuñar, por gala y representación, las bridas, aunque no quien esas bridas; libres más bien para empuñar la rueda de guiar, aunque sea el automóvil el que por sí mismo marcha. Le quedará sobre todo libre la diestra para firmar. Todo automóvil que se respete, necesita de alguien en el pescante. Si quiera para hacer las señales convenientes a aquellos con quien se cruza en la carretera. Un hombre en un pescante puede ser una bandera. Y una bandera, aunque vaya al frente de un ejército, no dirige por sí misma a nadie. Dejarse dirigir por la bandera sola, sería como dejarse por el viento.

El régimen de las muletas turnantes es, pues, el peor de todos los regímenes. O que el hombre enfermo trate de tenerse sobre sus pies y marchar con ellos, o que se sienta y se deja llevar mientras sea útil para algo.

La Constitución es para la realeza una parálisis. Una monarquía constitucional es una monarquía paralítica. Y no cabe ser incondicional de semejante realeza. Porque siendo como es la Constitución una condición, es absurda la incondicionalidad del monárquico constitucionalista. Porque ¿y si el rey viola la Constitución?





Cabe hasta cierto punto ser incondicional de la democracia, de la soberanía popular, y aun más de la anarquía, cabe enseñar — aunque no lo enseñáramos nosotros — que haga lo que hiciera el pueblo soberano está bien hecho, y que la voz del pueblo es la voz de Dios. Y cabe, por otra parte, ser incondicional de la realeza absoluta, del absolutismo regio; cabe enseñar que la voluntad del monarca, sea déspota o tirano, es la ley. El derecho divino de los pueblos o el derecho divino de los reyes son algo coherente y lógico; no lo es el derecho divino de un miserable compromiso entre el pueblo y el rey; no lo es el derecho divino de un precario contrato. Se puede ser en política lógicamente panteísta y monoteísta rígido; lo que no cabe es ese otro compromiso.

Se acepta, sí, un compromiso; pero como una interinidad más o menos larga, como una transición educativa, como una preparación.

Los reyes tienen que hacerse o imperialistas; esto es, emperadores, o republicanos; esto es, ciudadanos. Los reyes, o tienen que servirse del imperio, o tienen que ponerse al servicio de la República. Los reyes, o tienen que empuñar el volante del automóvil, o tienen que dejarse llevar por éste como banderas vivas y de carne, y hacer las señales convenidas a los que cruzan. Lo que no pueden ya es marchar con muletas.

Las muletas, por su parte, no pueden marchar solas. Si uncís vuestras dos muletas, haciendo con ellas unas angarillas o parihuelas, no podrían llevar, por sí solas, ni un cadáver. Esas dos muletas, compuestas de tarugos de pino, de castaño, de roble, pero sobre todo de corcho, y de médula de saúco y de vieja leña podrida y de yesca y de tablas hechas serrín, no pueden sostener ya nada.

Dato ha metido bajo el sobaco del parafítico la muleta de corcho, de médula de saúco, de yesca y de serrín de ese palo de marquetería carcomida que se llama el partido conservador. La muleta no es sino serrín dentro de una chapa barnizada.

MIGUEL DE UNAMUNO.

